

Enrique Serrano Salazar  
*La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad,*  
Esquirol, Josep María 2015  
Acantilado, Barcelona  
Revista *Xihmai* XIII (26), 137-144 julio–diciembre 2018

# Xihmai

Universidad La Salle Pachuca  
xihmai@lasallep.edu.mx  
Teléfono: (01771) 7 02 13 ext. 1406 Fax:  
(01771) 7 03 09  
ISSN (versión impresa):1870\_6703 México  
<https://doi.org/10.37646/xihmai.v13i26.300>

2018

Enrique Serrano Salazar

## RESEÑA

*LA RESISTENCIA ÍNTIMA. ENSAYO DE UNA FILOSOFÍA DE LA PROXIMIDAD.*

ESQUIROL, JOSEP MARÍA

2015

ACANTILADO

BARCELONA

*Xihmai*, año 2018/vol. XIII, número 26

Universidad La Salle Pachuca

pp. 137 - 144

Xihmai 137



Enrique Serrano Salazar  
*La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad,*  
Esquirol, Josep María 2015  
Acanilado, Barcelona  
Revista *Xihmai* XIII (26), 137-144 julio–diciembre 2018

Enrique Serrano Salazar  
*La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad,*  
Esquirol, Josep María 2015  
Acantilado, Barcelona  
Revista *Xihmai* XIII (26), 137-144 julio–diciembre 2018

## RESEÑA

*LA RESISTENCIA ÍNTIMA. ENSAYO DE UNA FILOSOFÍA DE LA PROXIMIDAD.*  
ESQUIROL, JOSEP MARÍA  
ACANTILADO, BARCELONA  
2015

Enrique Serrano Salazar<sup>1</sup>

*La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad* ofrece un cuerpo de reflexiones que permite afinar la “vista” sobre los presupuestos y alcances del paradigma que ahora es tema de este número de *Xihmai*: “Cultura cívica”. En las páginas del texto se palpa la exigencia de redescubrir la “libre sensibilidad” del *zoon politikon*. *La resistencia íntima* invita pues a internarse en la especie sin otro ánimo que el de ir al encuentro del *yo*, el propio de cada quien, en su forja constante: elevación de la identidad a partir de su caracterización comunitaria, conquista de la identidad frente a su inserción *ya dada* en el “ahí”. Es tarea de cada individuo conocerse a partir de los otros. Y no puede ser de otra forma: cada individuo no se significa ni se distingue como tal solo para sí.

En la corriente histórica de este mundo, cada individuo ha sido una “voz” en la conciencia de los demás. Incluso en la conciencia del más tirano no hubo ausencia de esas “voces”; las escuchó para ignorarlas. Y cuando Sócrates le da ruta a la “verdad ética” con su máxima de ¡Conócete a ti mismo! lo que se pone en claro es que, en tal ejercicio, cada quien tiene que darle voz a los demás, primero en la intimidad de su conciencia, después vendrá el diálogo en el foro, en la plaza pública, en las asambleas, en el aula, en el “café”. De modo que, en cada uno de estos espacios, en los que cada quien externa “algo de sí”, se

---

<sup>1</sup> Licenciado en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México; en esta misma Institución cursó estudios de maestría en Derecho Constitucional y Administrativo. Asimismo, obtuvo Diploma en Estudios Avanzados de Derecho Constitucional por la Universidad de Salamanca, España; es Doctor en Derecho por esta misma Universidad. Actualmente labora como Profesor de Carrera de Medio Tiempo en la Facultad de Derecho de la Universidad La Salle Pachuca.

revelan, en buena medida, los rendimientos del diálogo que cada quien emprendió antes con las “voces” de su conciencia.

Así pues, el hallazgo, o acaso el bosquejo del *yo íntimo*, se logra cuando cada quien *consigue ser alguien para otro alguien, para los más que se pueda*. Por esto mismo, no queda lejos una reivindicación de la comunidad como espacio de fragua del *yo*. Un *yo* ineludiblemente refractario pero, finalmente, un *yo*: un *resistente frente a sus circunstancias*. En algún momento, el *resistente* emerge. Las pistas para entender esto abundan a lo largo del texto que aquí se comenta. Una guía puede ser esta: en la comunidad se comparten significados, los suficientes que permiten el entendimiento básico y también el que se da en niveles como el del arte, pero también se abre el arco de lo significado a partir de la experiencia de cada quien. La comunidad supone lo significado, lo nombrado, y permite asomarse a un cruce de individualidades que se avocan al ejercicio de nombrar y de significar. Hay en esto un guiño a la idea de reproducir *la Creación* en lo terreno: ¡Vuelve a nombrar! ¡Vuelve a encarnar el verbo! ¡Abre canales de entendimiento! ¡Crea!

*La resistencia íntima* es, quizá, una forma de convocar a la dinámica en la estática, al movimiento de la potencia dentro de los límites de la forma. Sea quizá una alegoría de la colocación del “individuo comunitario” frente a sí mismo y frente a su comunidad. En fin, *La resistencia íntima* apuesta por darle otro ambiente de realización al paradigma de la “cultura cívica”, apuesta por hacerlo migrar del interés académico hacia la cotidianidad, hacia la plaza, hacia la calle, hacia la *Civitas*. Y esa migración tenemos que cuidarla “todos” los que *ya estamos* “ahí”, compartiendo circunstancias y buscando su mejor orden, explorando rutas de significación y, con esto, de mejor entendimiento.

Me estoy ocupando de presentar un texto que, en mi percepción, permite ejercitar una mirada atenta sobre el concepto de “cultura cívica” y, por esto mismo, permite ajustar la reflexión sobre la condición política de las relaciones humanas. La siembra de la “cultura cívica” en el paisaje de lo político implica reconectar el espacio del poder común con la exigencia de que cada individuo moralice su pretensión y su acción cuando espere de los demás respuestas sensatas. Y no se trata de una exigencia que se implanta en la conciencia individual desde el limbo de la abstracción, antes bien, moralizar la pretensión de poder implica comunicación que se desarrolla en el nivel del acuerdo en el

sentido enfático (Habermas y Apel). En este nivel, la comunicación no consiente cualquier recurso justificativo del poder que tiene que dar cohesión a la vida pública.

Ni la habilidad ni la astucia para justificar la dominación de unos sobre otros agotan “lo político” cuando en tal espacio hace pie el “ser dotado de *logos*” (Aristóteles) y, por esto mismo, “Legislador universal” (Kant) en potencia. Y es que, a través del *logos*, se tiene que “alcanzar al otro en su comprensión” (Gadamer) y hacerlo un *próximo*, sentirlo y tratarlo como tal a partir de las diferencias siempre pertinentes. El *logos* tiene, pues, ese sentido profundo que hay que recuperar: el del alumbramiento y sostenimiento de la dignidad humana en el escenario de lo colectivo. Y, en cierto modo, la constitución, el “estar ahí” del “Legislador universal”, tiene que ver con la acción convergente de convertirse en *próximo* cada cual con los demás a través del *logos*.

¡Qué distinto resulta ese reto de *alcanzar al otro en su comprensión* de que aquel que trata de “hacer comunidad” reduciendo o inhabilitando los márgenes de operación de la conciencia individual! ¡Qué renovación tiene “lo político” cuando cada individuo incorpora en su ánimo de poder la construcción de la proximidad con los demás por encima de las diferencias siempre ineludibles y que, por esto mismo, han de mantenerse, pero no para el expolio incesante entre individuos! Esta renovación a partir de tales motivaciones es lo que fluye en el concepto de “cultura cívica”. Tan sólo con estos soportes se puede apuntalar la idea de que la “cultura cívica” supone la transformación de la habilidad o de la astucia política en “sabiduría política”. Mejor aún, supone encumbrar a la política en el punto de mira desde el cual puede estar atenta de las potencias aprovechables en la vida social, es decir, las de cada individuo que invierte el haber de su *logos* en trazar rutas de proximidad entre extremos, en relativizar lo radical y en colocar el sentido común como el primer punto de encuentro de las diferencias.

La “cultura cívica”, aquí invocada como “sabiduría política, supone, pues, la siembra, el cultivo y el florecimiento de esas potencias en la colectividad. Ésta no erosiona, no presenta las grietas de la alienación o de la masificación, si la remueven los pasos de la resistencia íntima que cada individuo pueda presentar frente a planteamientos meramente estratégicos de “felicidad colectiva”. Sólo quien es capaz de tal resistencia “[...] puede estar de veras con los demás” (p. 9).

Este es el punto de partida de cualquier entendimiento en la intersubjetividad; dicho sea de paso, también es el punto de partida de la marcha de otras tantas ideas que forman el tejido de la *Resistencia íntima*.

Incluso, *pensando en lo que pudo haber pensado* el autor de ese tejido (obviamente, además de lo hecho explícito en el texto), cabe la idea de que el individuo aparece como persona sólo cuando va hacia el otro (Lévinas) y, por lo tanto, deja de presentarse con el guion de su monólogo. La resistencia íntima empieza como oposición a uno mismo. Y esto hay que explicarlo: se trata de que el individuo plante cara a las determinaciones inmediatas que quedan ancladas en su conciencia y con las que se cuaja la primera capa de su individualidad. Entonces, la resistencia íntima implica la búsqueda que el individuo hace de sí mismo más allá del conglomerado de sus determinaciones inmediatas. Se trata de que el individuo se confronte para liberarse de la inmediatez en la que ha empezado a “ser” y en la que “está siendo”. La resistencia íntima se despliega como trascendencia y, por lo mismo, como libertad.

*Libertad en cuanto eticidad*, también de este modo se puede enunciar la empresa en la que tienen que empeñarse individuos promotores y protagonistas de una “cultura cívica”. Así, para que ésta sea posible, en cada uno tiene que quedar claro el compromiso de que la libertad tiene que fomentarse más allá del hecho de querer algo a partir sólo de determinaciones inmediatas. Concretamente, el compromiso es fomentar la libertad en una dirección ética; y esto supone que la voluntad no se contente con perseguir la realización de contenidos meramente subjetivos, o bien, egoísticos, sino que la voluntad ya aspira a la realización de “contenidos universales”. Y, para lograr esto, el individuo tiene que salir de sí guiado por el ánimo sincero de descubrir al otro, a los otros, y descubrirse en ellos. En tal viaje, el horizonte tiene que estar dominado por esta idea: “yo, por tanto, soy en él, yo mismo” (Hegel). No antes, sólo en el momento del encuentro con los demás, el individuo se confirma como persona, es decir, su “yo mismo” se ramifica. Ya no soy yo mismo sin enfocar la conciencia (no sólo los sentidos) en los demás. Si me resisto a este enfoque, dejo de ser yo mismo. En cambio, para ser yo mismo, tengo que resistirme a ser lo único inmediato para mí mismo. Y esta resistencia íntima es la que aporta libertad en el sentido más hondo que ésta pueda tener.

Finalmente, no me consiento el cerrar este ejercicio de presentación de *La resistencia íntima* plasmando otras tantas de mis reflexiones jalonadas por dicho escrito. Definitivamente, no puedo invitar a la lectura del mismo dejándolo envuelto en mis frases. Un texto *tan sincero*, cabe calificarlo así, tiene que presentarse él mismo en pasajes que condensan su propuesta y su propósito. En este caso, apelando y parafraseando a Borges, diré que los pasajes que transcribiré enseguida no siguen ya el lineamiento de mi reflexión, sino el de la propia belleza de aquellos: “[...] misterio hermoso que no descifran ni la psicología ni la retórica” (Borges). Pero son tantos esos pasajes que es necesaria otra intervención de mi parte, aunque ya sólo para hacer la selección de algunos de ellos y transcribirlos en este espacio. Doy paso pues a esos pasajes, y estoy seguro de que harán las veces de semillas en las que late el universo. “El Universo cabe en un grano de arroz” (Martí), y otro tanto ocurre con ideas sinceras y generosas, emanadas de la reflexión rigurosa.

1. “El resistente no anhela el dominio, ni la colonización, ni el poder. Quiere, ante todo, no perderse a sí mismo pero, de una manera muy especial, servir a los demás. Esto no debe confundirse con la protesta fácil y tópica; la resistencia suele ser discreta [...] Existir es, en parte, *resistir*. Entonces, la resistencia expresa no un mero hecho circunstancial, sino una manera de ser, un movimiento de la existencia humana [...] Que nuestro existir sea un resistir es algo que se puede sostener precisamente porque una de las dimensiones de la realidad se deja interpretar como fuerza disgregadora. De hecho, la peor de las pruebas a que debe someterse la condición humana es la constante *disgregación del ser*” (pp. 9-10).

2. “Rosenzweig ha sabido poner de manifiesto que la capacidad curativa del sentido común consiste en tomarse seriamente tanto el tiempo –los acontecimientos de la vida– como los nombres propios. Para la curación se propone ‘volver’ a la vida y, como él dice, a las exigencias del día [...] El sentido común sabe que la principal de las verdades se da cada día, es decir, que la verdad no está detrás como fondo, ni detrás como final. La verdad es la verdad de cada cosa, y de cada cosa a su tiempo, y del presente que se nos da y que se nos va [...] El sano sentido común está cerca de las cosas que pasan pero, sobre todo, del acontecimiento del otro concreto y único” (pp. 72-73).

3. “El concepto de existencia, sobre todo después de Kierkegaard y de Heidegger, es otro: ha pasado de ser la actualización de una esencia a indicar la *manera de ser* exclusiva del hombre (hablando apropiadamente, sólo el hombre existe). Manera de ser que se muestra como movimiento de salida y a la vez ‘reflexivo’, es decir, autorreferencial, de repliegue sobre sí. En el movimiento de la existencia se está

implicado [...] En cuanto tensión reflexiva busca, por un lado, amparar y ampararse y, por otro, comprender [...] Somos una articulación, una *reunión*, una *coyuntura*, tan precaria como absolutamente admirable. Reunión de la diferencia. La juntura supone, en efecto, articulación de lo que es diferente y, por tanto, ni homogeneidad ni transparencia. Precisamente por eso nos preguntamos quiénes somos. Nuestra identidad –dirá Ricoeur– implica la alteridad: un sí mismo en tanto que otro; nuestra alteridad como sí mismo más recóndito, como *ipse*, implica la alteridad, la diferencia. Y la tensión” (pp. 164-165).

La vida, *lo vivido*, que se contiene en esos pasajes y que, desde luego, se contiene en todo el texto de *La resistencia íntima*, es un espejo en el que el lector puede reconocerse como *especie viviente en la inmediatez* pero también como *especie existente en la trascendencia, es decir, en el ir hacia el otro*. Y hay que estar claros de que esa trascendencia puede tener este eje: cimentar una cultura de más fina curva de la vida pública (Ortega y Gasset). Si seguimos esa “más fina curva” tenemos que movernos hacia el lado de la “cultura cívica”. Y, entonces, tenemos que reorientar nuestra individualidad, tenemos que intervenir en la cotidianidad para hacer de ésta la experiencia de la proximidad, hasta donde sea posible, sin anteponer verdades de fondo.

Espero pues que *La resistencia íntima* dé con su lector, dé con alguno de ustedes. No pongo en duda que cada libro aguarda a su lector (Borges). Ojalá que alguno de ustedes sea el lector que *La resistencia íntima* aguardaba.



Copyright (c) 2018 Enrique Serrano Salazar.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](#).

Usted es libre para **Compartir** —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y **Adaptar** el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso para fines comerciales, siempre que cumpla la condición de:

**Atribución:** Usted debe dar crédito a la obra original de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciente o lo recibe por el uso que hace de la obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)